

VICTOR FERNANDEZ CAÑIZALEZ

LA PATRIA
EN LA LIRICA
ISTMEÑO

M. TORRES NTE III

EDITORIAL UNIVERSITARIA
PANAMA



LA PATRIA EN LA LIRICA ISTMEÑA

VICTOR FERNANDEZ CAÑIZALEZ

LA PATRIA EN LA LIRICA ISTMEÑA

PROLOGO

DE

CARLOS MANUEL GASTEAZORO



EDITORIAL UNIVERSITARIA

Panamá, 1971

EDITORIAL UNIVERSITARIA

SECCION: LITERATURA

SERIE: MONOGRAFIAS

Esta edición se hizo con la recomendación del Consejo de Publicaciones integrado por: Dr. Carlos Manuel Gasteazoro (Director de la Editorial); Arq. Ricardo J. Bermúdez; Dra. Elsie Alvarado de Ricord; Dr. César A. Quintero; Prof. Jaime Ingram; Dr. Octavio Sousa.

Portada de MARCIAL TORRENTE III

A mi madre
AURELIA CAÑIZALEZ
DE FERNANDEZ
y a la memoria de mi padre
VICTOR M. FERNANDEZ F.

PROLOGO

LA POESIA PATRIOTICA A TRAVES DE FERNANDEZ CAÑIZALEZ

(A manera de Prólogo)

por Carlos Manuel Gasteazoro

La exploración del sentimiento patrio a lo largo de más de siglo y medio de producción lírica, resulta una tarea intelectual de no poca envergadura, porque el crítico que se aventure en tal experiencia espiritual tiene, como tarea inicial, que establecer fronteras históricas donde poder ubicar adecuadamente una obra poética de muy desigual calidad.

Hasta hace muy pocos años, ser "poeta" significaba tener una desventaja imperdonable, y por consiguiente, constituir una especie exótica en el ambiente de una sociedad atenta más a las ocupaciones materiales y vulgares, que preocupada por los afanes de la cultura. Cuando se persistía en triunfar, ocurrían las claudicaciones, se alternaba la vocación por las letras con los ajetresos del compadrazgo y la política criolla. Las más de las veces, esta actividad se imponía a aquella cuando pronto en los periódicos se comenzaba a hablar del futuro hombre de letras; sin darse cuenta, éste ponía su talento natural al servicio de los menesteres cotidianos y como eran muy pocos "los que sabían escribir", se entrenaba en los discursos y lo que es más interesante, en los cargos burocráticos en los que resultaba decorativo escribir versos aunque de tales sólo tuvieran la simple apariencia rimada; sin embargo, con ellos se llegaba a la meta deseada: la consagración oficial.

Este poeta mimado sacrificó algo imperceptible pero fundamental, lo cual consistía en la sinceridad de su mensaje lírico; también perdió la frescura, la gracia y el calor de su sensibilidad, mientras que en el diálogo con las musas, las pa-

labras se le antojaron grandilocuentes y pomposas para ocultar, como en una selva enmarañada, el vacío interior que dejó un éxito fácil y los deleites de una existencia frívola y subalterna. Tal ha sido a grandes rasgos la tragedia de la producción literaria panameña; tal la razón de sus altibajos, y tal la necesidad de espulgar y separar, como el sembrador de la parábola, la buena de la mala mies.

La misión inicial del crítico en nuestro país, debe residir fundamentalmente en la denuncia aclaratoria y en el elogio merecido. La valoración de nuestra producción intelectual reclama como primera medida, saber diferenciar lo que realmente hemos producido digno de recordación, y negar reconocimiento perdurable a los escritores que merecen el olvido. En efecto, nada resulta tan pernicioso como pretender inyectar fragancias artificiales a los versos de algunos de nuestros poetas o escritores de antaño que por sí solos exhalan ese olor desagradable que tienen las cosas viejas. No menos dañino, es restarle méritos a la obra presente por la única circunstancia de ser nueva y no presentar una perfección inalcanzable dentro de las limitaciones del barro humano. Pero mayormente perjudicial resulta una tendencia profundamente arraigada en nuestro medio cual es hacer crítica literaria basada en lo que "le falta" y no sobre los aportes, por humildes que sean, de nuestros documentos literarios.

Surgen estas reflexiones al enfrentarme al libro novel y ya maduro de Víctor Fernández Cañizález quien con la característica seriedad universitaria, aunada a una vocación con honradez y fervor poco comunes entre nosotros, se propuso la abnegada tarea de encontrar el sentido vital de la poesía patriótica panameña, desde las muestras tímidas y sencillas del siglo pasado hasta las más recientes y difíciles manifestaciones de nuestros contemporáneos, sin olvidar los acentos de los románticos, las notas sonoras de los modernistas y la espontánea simplicidad de las coplas y décimas populares.

Fernández Cañizález cuenta con sobrados elementos para la empresa, pues no sólo tiene en su haber una cultura vasta, una sensibilidad auténtica y una seriedad precisa, sino también las herramientas adecuadas para salir airoso del esfuerzo. Con justo reconocimiento se complace en ser discípulo de Elsie Alvarado de Ricord, poetisa que sabe ordenar su pasión dentro de los signos de la ternura y el ímpetu, y asimismo acertadísima comentadora de la poesía de hoy, ya que con el bisturí del análisis estilístico ha logrado llegar al fondo de la obra de Demetrio Herrera Sevillano y de Ricardo J. Bermúdez entre los nacionales, y Dámaso Alonso entre los españoles. Del trato académico en las aulas de la Universidad de Panamá y de las conversaciones amigables, fuera de la cátedra, Fernández Cañizález adquirió un criterio científico, objetivo, un método claro y

una visión amplia para juzgar, ordenar y precisar la variada temática con que la patria se manifiesta en la producción de nuestros bardos representativos (1).

El consagrado periodista Gil Blas Tejeira ha descrito en nuestros días el paisaje coclesano con admirables pinceladas (2); el cual hace cuatro siglos ya embelesaba a un soldado que escribió sobre los extensos llanos, donde la tierra es "... muy sana e muy talentosa e fresca, así en invierno como en verano..." por lo que ella invita al sosiego y a la meditación; mientras que las aguas cristalinas de los ríos generosos hacen apropiada la atmósfera para dar a sus habitantes un temperamento contemplativo y amable. Es precisamente en Penonomé donde nace y donde transcurre la infancia del autor de este libro del que resulta un improvisado prologuista. Posteriormente, recibe el diploma de maestro en la Normal Juan Demóstenes Arosemena, y en la Universidad de Panamá realiza los estudios para obtener los títulos de Profesor de Español y Licenciado en Filosofía y Letras. Hasta ahora, a su actividad docente se une su vocación de crítico de las letras nacionales y ya son varios sus títulos de ensayos en los que ha comentado la poesía de Elsie Alvarado de Ricord, José Franco y otros poetas, como también los cuentos de Changmarín. Buena muestra de sus dotes resulta el extenso trabajo de valoración y análisis de la obra literaria de Tristán Solarte (3), que en 1962 le mereció un premio en el Concurso Literario Ricardo Miró.

El viaje escalonado a lo largo de las manifestaciones poéticas panameñas con el tema central de la patria, permite fácilmente, gracias al inteligente estudio de Fernández Cañizález, establecer los vasos comunicantes en que se unen diversas demostraciones acordes con el avance del tiempo y más allá de las escuelas y los testimonios. Ello es así, porque la poesía no se nos presenta como un producto espiritual aislado, ni siquiera uni-

(1) En efecto, en más de una ocasión, así me lo ha manifestado el autor del libro, quien reconoce que en el ensayo de la profesora Elsie Alvarado de Ricord, *El Sentimiento Patriótico en la Poesía Panameña* (véase bibliografía), encontró la inspiración para el estudio que hoy se publica.

(2) Gil Blas Tejeira. *Campaña Interiorana*. Ediciones Caribe, México, 1956.

(3) La producción literaria de Víctor Fernández Cañizález, hasta ahora, es la siguiente:

Análisis de la Obra Literaria de Tristán Solarte (inédita), Premio Concurso Miró 1962, Sección de Ensayos.

José Franco, Juglar Contemporáneo de la Décima (en Arte, Ciencia y Letras; El Mundo, Panamá, 27 de enero de 1966, página 4).

Faragual, trece cuentos de Changmarín (en Arte, Ciencia y Letras; El Mundo, 23 de febrero de 1966, página 8).

El Amor en la Poesía de Elsie Alvarado (en el Dominical, El Panamá América, Panamá, 22 de enero de 1967, página 2).

El Ensueño Poético de Hercilia Ramos (en Arte, Ciencia y Letras; El Mundo, Panamá, 7 de julio de 1968, página 4).

do al artista que la produce, sino a todo un cuadro de circunstancias, nombres y hechos que la condicionan y encasillan dentro de la vida anímica que le da forma, sentido, actualidad y perspectiva; ya decía Elsie Alvarado de Ricord que la auténtica verdad de la literatura, se nutre de la circunstancia histórica a través de su autor (4), y esto explica por qué el *Panorama general del Siglo XIX en Panamá* con que se inicia la obra, se convierte en el gran telón de fondo para la ubicación de las expresiones poéticas de ese entonces.

Muy distintas fueron nuestras preocupaciones de la centuria del diecinueve comparadas con las de otros países hispano-americanos. Generalmente, desde México a la Argentina, las nacientes repúblicas se debatían entre la anarquía y el caudillaje en el campo político; las luchas entre conservadores y liberales en el ideológico, mientras que la exaltación a lo propio frente al desprecio hacia el legado español es el tema primordial de muchas de las grandes obras de las letras del continente hispanohablante. Tal contenido produjo obras maestras de las que el *Facundo* de Sarmiento, las vehementes piezas oratorias de los parlamentarios de esos tiempos y la estructuralmente perfecta silva *La Agricultura de la Zona Tórrida*, de Beilo, resultan ejemplos significativos y admirables dada la excelencia de los autores. En otras áreas como Cuba y Puerto Rico, señala Pedro Henríquez Ureña, "donde no se había logrado la independencia, toda la literatura, y aún toda manifestación de cultura, era una especie, a veces muy sutil, de rebeldía" (5).

Dentro del devenir histórico de Hispanoamérica en el siglo pasado, el Istmo de Panamá viene a constituir un verdadero "caso": unido voluntariamente a la Gran Colombia a partir de 1821; después de la disolución de 1830 permanece como un miembro olvidado que forma parte de la República de la Nueva Granada, de la Federación Granadina, de los Estados Unidos de Colombia y de la República de Colombia sucesivamente, hasta 1903. La historiografía republicana está de acuerdo en considerar este lapso, de casi un siglo, como el momento en el que se va gestando la nacionalidad en la vida republicana que con imperfecciones y aciertos, se inaugura en 1903 (6). Al

(4) Elsie Alvarado de Ricord. Op. cit.

(5) Pedro Henríquez Ureña. *Las Corrientes Literarias en la América Hispana*. Biblioteca Americana, Fondo de Cultura Económica. México, 1949, página 118.

(6) En este sentido, mucho se ha insistido en la bibliografía nacional, y como trabajos representativos, cabe señalar los siguientes: Diógenes de la Rosa. *Tamiz de Noviembre* (en Ensayos Escogidos), Imprenta Nacional, Panamá, 1969.

Rodrigo Miró. *Sentido y Misión de la Historia*. Panamá, 1969.

Ricaurte Soler. *Formas Ideológicas de la Nación Panameña*. Ediciones de la Revista Tareas. Panamá, 1964.

Felipe Juan Escobar. *El Legado de los Próceres*. Publicaciones del Instituto Nacional de Panamá. Imprenta Nacional, Panamá, 1980.

mismo tiempo, mucho se insiste en ver en los movimientos separatistas, en las luchas populistas y en los sesudos escritos de los hombres de la centuria pasada, los señalamientos teóricos y prácticos de la "naturaleza y forma de lo panameño" como Isafas García se complació en llamarlos.

Teniendo presente esta circunstancia se puede constatar por qué el 28 de noviembre fue el principal argumento de inspiración en el siglo XIX. El movimiento en sí, apenas si despierta en sus contemporáneos, ciertas muestras poéticas de poca importancia ya que, en efecto, los versos se caracterizan por ingenuos, fáciles, carentes de gracia y sin una inspiración profunda, por ejemplo las estrofas de Mariano Arosemena o de Manuel María Ayala; lo importante en este caso no es la poesía elemental que provoca el suceso inmediato, sino la persistencia del tema en la extensión de toda la época de nuestra voluntaria unión a Colombia. En este sentido el autor analiza hasta cinco poetas mayores de ese período (Gil Colunje, Manuel J. Pérez, Juan Antonio Zerda, Federico Escobar, Rodolfo Caicedo) que dedicaron inspirados versos al suceso, lo cual justifica una de sus conclusiones al respecto: que en la producción poética del siglo pasado "el motivo central es la *patria* convertida en musa, a través de la independencia de 1821".

La oda de Gil Colunje dedicada al 28 de Noviembre, y que Rodrigo Miró considera como el "primer poema panameño de importancia", encierra varios elementos que merecen destacarse. Al igual que muchas muestras de la literatura hispanoamericana de ese período, está presente el rechazo de los días de vasallaje durante la dominación española:

*"Aún me parece que te miro esclava,
aherrojada entre grillos y cadenas",*

Tal repudio a lo español considerado como esclavitud, oscurantismo, terror, caos, le dan sentido ejemplar a la fecha. Por ello se hace más encendida y valiosa la exaltación de las hazañas bélicas:

"Larga, tenaz, sangrienta fue la lucha. . ."

y en especial, la figura del Libertador Simón Bolívar, al que llama "dios de la Victoria", mientras que José Joaquín de Olmedo, muchos años antes, lo trataba como "semi-dios". Y es que la oda de Colunje nos recuerda el *Canto a Junín* (7), tanto por el tono marcial, por las notas de entusiasmo en las luchas de independencia, como por el sentido laudatorio al "Rey de los Andes".

(7) Se le conoce en la literatura americana, para abreviar, con este nombre. El título correcto es el siguiente: *La Victoria de Junín: Canto a Bolívar*.

Aparte de estas semejanzas, hay una nota interesante en la producción patriótica de Colunje que se repite en otros poetas panameños de la centuria pasada. Esta nota es la confianza en el porvenir. Es cierto que el poeta se siente satisfecho de su presente por lo que pide al "Padre de Colombia" que venga y mire:

"las naciones que hiciste con tu espada..."

También es cierto que a diferencia de otros contemporáneos que en diversas latitudes denunciaban la tiranía y seguían las huellas que desde 1838, había marcado el argentino Esteban Echeverría en su novela inconclusa *El Matadero*, porque el malestar del caudillaje se sentía casi por todas partes; Colunje tranquilamente advierte:

*"Ya no hay aquí señores ni tiranos
contra quienes blandir la fuerte lanza. . ."*

Podría quizás explicarse este entusiasmo si consideramos que al desempeñar su "Patria chica" el papel de departamento, provincia o Estado, sentía apenas las fuerzas de los caudillos y vivió su experiencia con menos intensidad que los de la sierra andina, o quizás este fenómeno desempeñó en nuestro medio el ritmo de las ondulaciones de un lago frente a la fuerza avasalladora de las olas del mar, representadas en el territorio neogranadino por las figuras de Ovando, Melo o Mosquera, por ejemplo.

Más a tono con su fe en el porvenir panameño están los versos finales:

*"En ti los hombres, Istmo americano,
juntos, a Dios adoración darán".*

El poema de Colunje cronológicamente se ubica en 1852, cuando se construía el ferrocarril interoceánico y el Istmo se transformaba en una moderna babel porque era puente obligado en el camino a la aurífera California, y desde 1841 se delineaban las esperanzas de nuestra privilegiada posición geográfica en los escritos de Tomás Herrera. En efecto, ya este pundonoroso militar señalaba en su condición de Presidente del Estado Libre del Istmo que "el Istmo debe al movimiento mercantil del mundo civilizado los servicios para que lo ha destinado el Ser Supremo, acercando entre sí los océanos y abatiendo en él la alta cordillera de los Andes" (8). Pero éste no era un sentir exclusivo de Herrera, sino la consigna de todos los panameños de la época que presentían el papel importante que les tocaba realizar, dada "su particular situación geográfi-

(8) Ricardo J. Alfaro, *Vida del General Tomás Herrera*. Universidad de Panamá. Panamá, 1960, página 141.

ca". Ricardo J. Alfaro estableció en este aspecto, el feliz parangón entre el pensamiento herreriano y el de nuestro federalista Arosemena (9); por consiguiente la misma esperanza de los pensadores fue común a los poetas de ese tiempo, como puede leerse en Federico Escobar y Rodolfo Caicedo. Frente a las ansias de libertad, junto al progreso y bienestar, y más allá de las luchas partidistas, estaba el porvenir del Istmo que ya se podía palpar en el umbral del mañana y que, al lado del proyecto —siempre acariciado— de un canal, permitía a José María Alemán resumirlo en irónicas letrillas:

*"No más miseria y pobreza,
ni godo ni liberal:
por montones la riqueza
recogerá cada cual
cuando concluya el canal".*

Creo sinceramente que gracias a esta confianza en el futuro, a esta satisfacción por un bienestar que "está a la vuelta de la esquina", a la fe plena en la tierra

*"... besada por los vientos
del Pacífico mar y mar Atlante"*

Jerónimo de la Ossa se permitió decir:

*"Es preciso cubrir con un velo
del pasado el calvario y la cruz".*

Pero cabría preguntarse ¿por qué esta poesía patriótica del siglo XIX nos resulta a los hombres de hoy, un tanto opaca y artificial? Indudablemente que muchas causas contribuyeron a que a estos testimonios líricos los miremos más con cariñosas benevolencia que con admiración reverencial. Entre otras causas, podría señalarse en primer término la postración educacional en que vivió el Istmo durante el siglo pasado. Ya Manuel Lorenzo Vidaurre, en los días del Congreso de Anfictiones de 1826, se quejaba de un "Panamá inculto en lo físico y en lo político" y el travieso Le Moyne consignaba en sus satíricas notas de viaje, que en 1840 durante su permanencia en Panamá, la decadencia que se observaba en las ruinas y antiguos edificios de la ciudad "se extendía hasta a los individuos" (10). Además, aparte de los relatos foráneos, los recientes estudios de Rodrigo Miró y de Ismael García S. (11) permiten percatarnos de un

(9) Op. Cit. Página 142.

(10) Augusto Lemoyne. *Viajes y Estaciones por la América del Sur*. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Publicaciones del Ministerio de Educación. Bogotá, Colombia.

(11) Rodrigo Miró. *La Literatura Panameña*. Panamá, 1970.
Ismael García S. *Historia de la Literatura Panameña*. Universidad Autónoma de México. México, 1964.

ambiente intelectual limitado, tradicional, y en el que sobresalían solamente algunas minorías que podían continuar estudios en Bogotá, Lima o Quito.

Lo que aquí se produjo se hizo en forma espontánea y natural, y si ello excusa las repeticiones temáticas, las metáforas comunes y la frivolidad de la composición, no se puede negar que los poemas patrióticos dicen mucho más de lo que quisieron decir. Hay en ellos una profunda y sana sinceridad cuando hacen exclusivos del Istmo las ansias de libertad y los sueños de unidad continental. Nada impedía que desde aquí pensaran en el acercamiento de los pueblos, que ya proféticamente había previsto el mismo Bolívar cuando en su invitación al Congreso antioqueño advertía: "Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado, como está, en el centro del globo, viéndose por una parte el Asia y por la otra el Africa y la Europa" (12), como lo recordaba Federico Escobar en su *Oda al 28 de Noviembre* cuando escribía que al Istmo:

— *La Divina Providencia*
lo colmó de sus dones celestiales
y empresas colosales,
vinieron a este hermoso territorio,
"Centro del Universo", bello emporio
como Bolívar lo llamó algún día—".

También estuvo ausente de nuestros poetas de la centuria pasada el mensaje telúrico; por eso, la naturaleza jugó papel insignificante en su inspiración. Sólo circunstancialmente habló Tomás Martín Feuillet de los "techos de verdor" de nuestros bosques, los cuales hacían las veces de marco a *La flor del Espíritu Santo*; como elemento de relación le sirve a Jerónimo Ossa para comparar el sol de Chile con el del terruño al que añora por "el cielo azul" y los "cristalinos ríos". Las escenas campestres están presentes en las estrofas de *En el Valle de Pacora*, de José María Alemán, y en el soneto *Madrugada en el Campo*, de Federico Escobar; pero en aquel hay algo de una experiencia personal; como en el caso de Fray Luis de León, nuestro poeta descubrió en la dulzura de la campiña "la dicha y la paz del alma". También Escobar manifestó su admiración hacia el paisaje tropical, a sus plantas, bienes y frutas. Así dice en sus *Cantares*:

"Para cangrejos, Taboga,
para bollos, La Chorrera,
para cocos, Portobelo,
y San Miguel para perlas".

(12) Simón Bolívar: *Ideas Políticas y Militares* — Colección Panamericana. W. M. Jackson. Buenos Aires, página 288.

Nostalgia y naturaleza se fusionan íntimamente en la lira de Doña Amelia Denis de Icaza, y quizás a ello se deba el exquisito sentimiento que emana de su poesía *Al Cerro Ancón*:

*¿Qué has hecho de tu espléndida belleza,
de tu hermosura agreste que admiré?
¿Del manto que con regia gentileza
en tus faldas de libre contemplé?*

Pero por esas raras coincidencias que ofrece la intuición de la poetisa, el árbol con el que dialogó en la cima del Ancón, la cristalina fuente, los pájaros y las flores regresaron a su mundo interior con tal encanto, discreción y fineza que no se sabe qué admirar más, si el delicado aroma de su naturaleza lírica o el triste recuerdo del bien cautivo; la amable resignación del que sólo se queda con "un corazón para quererte" o el dolor de la pérdida de la tierra en conjunción con el dolor en la exaltación del amor.

Es esta sinceridad íntima, sin adornos inútiles, ese llanto sin morbosidad y ese profundo apego a la tierra, lo que hace que sintamos el poema tan cerca de nosotros, como también, ese luto porque ya no es nuestro el "idolatrado Ancón", lo que mantendrá siempre a Doña Amelia en el primer puesto dentro de nuestro exiguo parnaso.

Muchas de nuestras angustias pasaron inadvertidas para nuestros poetas del siglo XIX, y sintieron mayor predilección por lo anecdótico que por los valores permanentes de la nacionalidad. Mientras ya en Uruguay, Zorrilla de San Martín escribía la leyenda idealizada de *Tabaré*, y en Méjico, Amado Nervo, entre muchos otros, traía su elegía a los "caballeros tigres", o a los "caballeros leones" de la "raza de bronce"; aquí, el tema del indio no despertó entusiasmo ni como pasado ni como problema social.

Tampoco se hizo énfasis en otras efemérides locales y

yuntura heroica sirvieron para esclarecer en nuestro derrotero espiritual el sentimiento de autonomismo, el afán de diferenciación y el deseo de libertad que dio unidad a un deambular histórico en el que a primera vista pareciera que se nos muestra como varias historias aisladas e inconexas de Panamá: una como la del país de tránsito; otra como la de un desordenado Estado federal; una tercera, en la que es escenario de frustrados proyectos canaleros y una cuarta y externa en las luchas, intrigas y rivalidades con Nicaragua, Honduras y Costa Rica. Es precisamente este anhelo, este ente ideal, el que logra unir en un todo y darle coherencia a ese “vivir desviviéndose” — si se me permite usar la terminología de Américo Castro — en que vive el Istmo y que determina el 3 de Noviembre de 1903.

No es el momento de volver a establecer los fundamentos de nuestra independencia de Colombia, pero creo oportuno recordar que se realizó apenas tres años después de que el continente hispanoamericano se hacía eco del mensaje arieliano, el cual, si no se recibió entre nosotros en forma directa e inmediata, por lo menos se intuyó por instinto y vocación.

¿Qué decía en 1900 el pensador uruguayo José Enrique Rodó por boca del viejo Próspero que, sentado bajo la sombra protectora del Ariel, se despedía de sus alumnos al finalizar el año académico? En realidad, de verdad su mensaje era para todos los pueblos de una América con tradición latina, porque reclamaba la conservación del idealismo de esa cultura latina, en contrapeso al utilitarismo que representaban los Estados Unidos del Norte. Poseemos los latinoamericanos “. . . una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro. . .” expresaba en una de las partes de su discurso, y éste llegaba, precisamente en el momento en que los Estados Unidos habían derrotado a España, independizado Cuba, adquirido Puerto Rico y convertido el Mar Caribe en un *Mare Nostrum* con proyecciones expansionistas por el Pacífico hasta las Filipinas.

Tan sólo a tres años del mensaje del venerable maestro se independizaba el Istmo y muchos de los hispanoamericanos no vieron el suceso como la larga aspiración de todo un pueblo, sino que lo contemplaron con vidrios empañados por la desconfianza y el temor. No era para menos si se recuerda que frente a la vitalidad imperialista del “Coloso del Norte” los pueblos al sur del Río Grande aún se debatían en luchas intestinas, guerras fronterizas, raquílicas economías y no faltaban las angustias por el déficit fiscal, las arcas exhaustas y los regímenes dictatoriales. A pesar de todo se podía y había que ser idealista, como única fórmula de salvación frente a un peligro común. Por otra parte, si se volvía a la tradición hispana con cariño y respeto, era porque ésta ya dejaba de ser una ame-

naza. "El legado positivo de España empezó a ser cada vez más reconocido, y según lo habían ponderado antes Bello y otros pocos, se le tuvo por uno de los elementos esenciales de la joven personalidad latinoamericana", ha dicho con razón Stephen Clisold (14).

En la cultura de nuestra América de entonces, se habló de una generación arielista y se hizo moda el contrapunto de los logros espirituales que exhibían nuestras atrasadas repúblicas, frente a los éxitos materiales e "inferiores" que registraba la vida norteamericana.

No se conoce cuándo llegó el mensaje de Rodó a Panamá, pero sí podemos considerar a Octavio Méndez Pereira como uno de sus fieles seguidores. También Ricardo Miró, si no en forma directa, se dejó seducir por esa vuelta a la tradición que se convirtió en el "deus ex machina" de gran parte de su obra lírica. A *España*, *La Leyenda del Pacífico*, *A Portobelo*, son tres ejemplos a los que fácilmente podrían agregárseles otros títulos, y es que como el mismo poeta dice:

*"... y hoy, bajo cuatro siglos que pesan en mis hombros,
desde la selva oscura de todos mis asombros
no sé si soy un indio o soy un español."*

El amor por la tradición hispana encierra en la obra poética de Miró un doble propósito: primero, involucra el pasado histórico dentro del mundo interior de su fantasía, y segundo, lo aproxima a la patria a través de sus recuerdos.

En el primero de los casos, el poema *A Portobelo*, tiene un ambiente de misterio descifrable quizás únicamente para la intimidad del poeta:

*"hoy sólo te queda tu mar, limpio espejo
que te dice cosas que saben tú y él".*

Y hasta en los versos tan nuestros como son: *Lienzo Antiguo* y *Musa Panameña*, hay una vaga pero presente reminiscencia de las costumbres y usos de otros que nos precedieron. No sin razón podría recordarse en este caso que de la patria se dice que es "la tierra de los padres".

Si comparamos la visión de lo hispánico con lo que hasta ese momento escribían los poetas del XIX, veremos que ya desaparecieron las remembranzas oscuras, las imprecaciones y especialmente la visión negra de una experiencia de tres siglos de dominación, tal como sintetizaba Escobar:

(14) *Perfil Cultural de Latino América* — Nueva colección Labor, Barcelona, página 8.

*"Tres centurias gemiste bajo el yugo
de la opresión ibera,
replegada al olvido,
sufriendo sin cesar amargas penas".*

Para el artífice de *La Leyenda del Pacífico*, la visión de ese pretérito es idílica, dorada, con sonoridad de metales, y en todo momento con apego y cariño:

*"Pasó por este puente tal gloria y tanta gente
que Dios, tan sólo, pudo fabricar este puente
para que resistiera la pompa colonial".*

Este encuentro con la silueta amable del pasado se refleja en otras producciones; bajo la anécdota ejemplar también presente la evocación en sus rasgos supervivientes, como igualmente lo están el dolor, la soledad y la tristeza:

*"anoche deambulaba por la orilla del mar
y me encontré conmigo, y me puse a soñar..."*

Todos estos elementos hacen que Miró sea un poeta que cabalga entre dos escuelas: la romántica y la modernista. De ésta presenta como rasgos distintivos un lirismo equilibrado, sonoridad en las estrofas que a veces tienen ritmos de movimientos musicales que siguen la huella de Chocano y de Darío; al último dedicó más de una composición. Pero ni los progresos de la técnica y la ciencia, ni la misma iniciación republicana en la que los gobiernos de turno se empeñaban en situar al país a la altura de los tiempos, ni siquiera la construcción del canal cuyos adelantos podía seguir como testigo presencial, paso a paso y día a día, le harían olvidar su empedernida vocación romántica. Sólo con esos acentos se podría inmortalizar a la *Patria*, y convertirla en la poesía patriótica por excelencia.

En este sentido mucho se ha dicho y escrito, sobre el mencionado poema, por su valor nacional y su profunda significación para nosotros. Elsie Alvarado de Ricord no vacila en considerarlo, junto con el *Canto a la Bandera*, de Gaspar Octavio Hernández y *Al Cerro Ancón*, de Amelia Denis de Icaza, "el símbolo literario de nuestro patriotismo" (15), a la vez que el inteligente crítico Ismael García advierte que "su intuición de poeta acertó a concentrar todos los resortes que, una vez reunidos, lograron operar el milagro de encender la chispa cordial del sentimiento patrio, y gracias a este acierto de gran poeta, produjo una joya nacional de elevados quilates" (16).

Siendo así, es casi imposible decir más de lo que ya se ha precisado sobre el valor, sentido y estructura del poema, con-

(15) Elsie Alvarado de Ricord. *Op. cit.*

(16) Ismael García S. *Op. cit.*, página 65.

cebido desde Barcelona, a gran distancia de la tierra que lo vio nacer. No obstante, quisiera señalar algunas aristas que conviene resaltar.

En mi leal saber y entender, la primera estrofa del poema no es otra cosa que una descripción geográfica de la *Patria*. En ella se habla de su calidad de Istmo, de su ubicación tropical: "donde es más claro el cielo y es más brillante el sol", y por último, desde su universo interior nos recuerda su pequeñez territorial:

*"en mí resuena toda tu música, lo mismo
que el mar en la pequeña celda del caracol".*

Ya en la segunda, encontramos lo que más de un autor se atreve a considerar como la mejor definición de la *Patria* cuando de ella se dice que "... es el recuerdo..." Quizás, cabría recordar que la historia también es recuerdo y entonces, no es sólo su propia experiencia personal por "los viejos senderos retorcidos" que se recorrieron desde la infancia o el árbol donde robó un beso o escribió una fecha, lo que hace la patria, sino las viejas campanas y las lejanas torres que hablan de una tradición española que aún pervive en el alma angustiada del poeta.

Esta tradición, mezclada con los gratos recuerdos de la niñez se notan en las *Campanas de San Felipe* y hasta en los juegos infantiles, tal como se observa en *Las Palomas de San Juan*. Y es que el poeta no sólo se nutre de paisaje sino también de añoranzas, y si como dice José Lezama Lima "el paisaje es siempre diálogo, reducción de la naturaleza puesta a la altura del hombre" (17) también resulta conversación fructífera ese encuentro con todo un cosmos de supervivencias que pueblan su alma para darle, intencional o inconscientemente, un sabor panameño a su producción lírica.

Pero si Ricardo Miró sintió el terruño desde el otro lado del Atlántico con exquisita nostalgia y angustiada agonía; si Denis de Icaza enlutó su lira para arrancar de ella los purísimos acentos con que llora al pie del "idolatrado Ancón", Gaspar Octavio Hernández en su *Canto a la Bandera*, encuentra en los viejos cantares y en el cielo y el mar, la auténtica inspiración para exaltar el pabellón nacional.

Ya este símbolo de la patria había sido objeto de más de una poesía, pero a los que le antecedieron les faltó la musicalidad, el entusiasmo y la capacidad descriptiva de los que hizo

(17) *La Expresión Americana*. Alianza Editorial — Madrid, 1969, página 171

Hernández un admirable instrumento. Su talento poético se observa en toda su producción, pero en su *Canto* hay elocuencia y retórica en la emoción y en la pintura de la naturaleza. Diríase que el mar, el cielo enrojado del Istmo, y la bandera, llegan a convertirse en una sola imagen:

*¡Bandera de la Patria! Con celajes
de púrpura encendida, con pedazos
del cielo de los ístmicos paisajes
y de marina espuma con encajes
tejieron nuestras vírgenes los lazos!*

Después de la descripción y como un remate adecuado, Gaspar Octavio Hernández también se inflama ante el solo pensamiento de que surja la cobardía entre sus compatriotas, y entonces, con una cólera semejante a la de los dioses de la *Ilíada*, reclama de la bandera: “desciende al Istmo convertida en fuego...”

La alusión era clara: ¿cobardía ante quién? Es necesario recordar que el poema se publicó en 1916, quizás un lustro después de la *Patria* de Miró, y a un decenio del dolido poema de Doña Amelia. Sin adentrarme mucho en imprudentes cronologías, resulta clarísimo que los tres cantos patrióticos se conciben en plena iniciación republicana. Y ya esta circunstancia nos permite comprender un tanto más la actitud de los tres bardos. Tal como lo apuntaba el *Manifiesto*, la Independencia de 1903 se produjo “sin pena ni gloria”, y sin embargo, muchas y muy duras pruebas se hicieron sentir en los albores de la vida “soberana e independiente”, que nos ofrecía la República. El artículo primero del Tratado Hay-Bunau Varilla establecía que “los Estados Unidos garantizan y mantendrán la independencia de la República de Panamá”, y ésta concedía “a perpetuidad” una zona del territorio panameño. Pero no solamente era el nefasto tratado, sino también la Constitución de 1904, la que legalizaba el intervencionismo del “Coloso del Norte” en la vida política, social, económica, internacional y cultural del país (18). Por lo tanto, la presencia norteamericana en el Istmo, hizo las veces de “espada de Damocles” sobre la conciencia y el destino nacionales. Y en aquellos tiempos, la protesta no podía ser en otra forma que muda, cuando menos; tímida y discreta cuando más.

(18) El Artículo 136 de la Constitución de la República de Panamá de 1904 decía a la letra:

“El Gobierno de los Estados Unidos de América podrá intervenir, en cualquier punto de la República de Panamá, para restablecer la paz pública y el orden constitucional si hubiere sido turbado, en el caso de que por virtud de Tratado Público aquella Nación asumiere, o hubiere asumido, la obligación de garantizar la independencia y soberanía de la República.

Los hombres que vivieron esa amarga experiencia de una vida independiente a medias y una soberanía ilusoria, no podían aspirar al lujo de imitar a González Prada cuando exclamaba:

*"Yo salvo las fronteras, yo repito:
Humanidad!"*

En nuestro caso, en el típico panameño, en el auténticamente nuestro, había que ir en pos de todo aquello que nos diera sentido y significación, de todo cuanto nos hiciera concebir esperanzas y de todo cuanto nos permitiera apuntalar el porvenir. Es por esa circunstancia ambiental por lo que los tres poemas clásicos de nuestra nacionalidad tienen de común su lenguaje sencillo y directo, sin grandes metáforas ni giros rebuscados; ausentes de la trompeteril arenga a la que fueron tan aficionados los cantores del siglo XIX y sin embargo, saturada de un cariño, sinceridad, modestia y ternura, que fueron compartidos y muy sentidos por los contemporáneos de entonces.

Mas, vuelvo otra vez al mensaje arieliano; se debe recordar precisamente que en esa época se levantan en nuestra atolladrada capital dos hermosas estatuas con las que se rinde homenaje a los valores de nuestra cultura; ellos son: el Descubridor del Mar del Sur, Vasco Núñez de Balboa, y el genio del idioma, Miguel de Cervantes Saavedra; mientras, se reconoce la acción francesa en una hermosa plaza en la que se testimonia la admiración al genio galo. En cambio, no se hace ningún reconocimiento a los constructores norteamericanos del ferrocarril o del canal.

Lo dicho para la poesía y las decoraciones urbanas es aplicable igualmente a la producción literaria y pictórica. Toda una pléyade de hombres de acción en el campo de la cultura nacional, se dedicaba con empeño a enaltecer nuestros valores civiles, al mismo tiempo que planteaba los problemas de la vida espiritual panameña desde muy diversos ángulos de especialización; los maestros de la plástica, Roberto Lewis o Manuel E. Amador, sentían un ansia muy honda, un impulso genuino de estampar en el lienzo, el color, el brillo y hasta el aroma de nuestras palmeras, tamarindos y frutas tropicales. Es obvio que aquellas figuras no se despreocuparon de las grandes corrientes del pensamiento y el arte universal, pero las que les merecieron principal valoración fueron precisamente esas con las que lograban exaltar las manifestaciones de su vocación nacional.

Pero, al período de la iniciación republicana le sigue el del afianzamiento de la nueva entidad política, y en ese sentido, aún quedaba mucho por hacer; más ya en el decenio del treinta empieza a transformarse la fisonomía de nuestra

patria. Precisamente en los albores del nuevo momento, se realiza el primer cambio de gobierno en forma brusca e inesperada y si eso ocurre en el campo político, en el internacional se hacen más claros, directos y persistentes nuestros reclamos por mayores garantías en nuestras relaciones contractuales con los Estados Unidos.

El resultado fue el de que en 1936, se eliminaron algunas de las cláusulas humillantes, y entre otras, la que legalizaba el intervencionismo de la nación del norte en el quehacer nacional. Además, desde el punto de vista externo, Franklin D. Roosevelt iniciaba una nueva política internacional a partir de 1933, en la que con la "buena vecindad" parecía iniciarse un nuevo sentido de convivencia continental, y los viejos rencores, las persistentes quejas, tendían a olvidarse para dar cabida a un trato esperanzado y sinceramente cordial. No quiero decir con esto que se hubiera hecho "tabla rasa" y se comenzara una etapa de amistad genuina, sino que simplemente los temores parecieron desvanecerse.

Es en ese preciso momento cuando también la poesía patriótica comienza a "cambiar de voz". Como un símbolo de las profundas transformaciones que se iniciaban en el campo de las bellas letras, Rogelio Sinán traía el mensaje fresco, moderno, voluptuoso y sensual que sacó a los bardos de su torre, más que de marfil, de azúcar. Para completar la sacudida del poeta que llegaba de Europa, otro joven, me refiero a Roque Javier Laurenza, arremetería en 1933 contra *Los poetas de la generación republicana*. ¿Qué encontraba en ellos? Repetición almibarada, mecánico ejercicio del verso, ausencia de inspiración y abundancia de fraseología hueca; por ello su lenguaje fue amargo y cáustico, y si hallaba excepciones, despertó conciencias y con el anestésico de la metáfora, mitigó las heridas para ofrecer nuevos horizontes (19).

La lírica panameña adquirió con ese impulso, un nuevo aire, porque abrió sus ventanas para recibir brisas de aliento y el tema de la patria alcanzó renovados matices y modalidades. La transformación de un nuevo sentir nacional y poético se observa fácilmente en los versos panameñísimos de Demetrio Korsi. En ellos se palpa un acento cosmopolita que palpita en nuestra ciudad y hasta en el país entero:

*"... el Istmo donde se filtran las razas
para ver los dioramas del Canal..."*

Desde otro punto de vista, Korsi se lamenta o manifiesta su disconformidad, dentro de su inspiración popular, a veces

(19) Roque Javier Laurenza. *Los poetas de la generación republicana*. Editorial La Moderna S. A. Panamá 1933.

hasta sandunguera, como se ve en el popular *Incidente de Cumbia*. La mayor parte de su producción lírica es pícaro, alegre y despreocupada. Sabe evocar tanto a nuestros bailes como al parque de Santa Ana y si se llegó a considerar como "el grillo que cantó sobre el canal", en tono menor le angustiaron los problemas de todo orden que del mismo se derivan. En plena guerra mundial escribe uno de sus mejores poemas, en el que al dibujar en buen verso, la capital de la "microscópica República", lo hace a la manera criolla, con facilidad y sin mostrar reflexión profunda:

*"Panamá la fácil, Panamá la abierta,
Panamá la de esa Avenida Central
que es encrucijada, puente, puerto y puerta
por donde debiera entrarse al Canal!"*

Y en sus apretadas viñetas, dibujadas desde un mundo muy suyo que es el de la bohemia, termina definiendo de la siguiente manera nuestra actividad capitalina en plena efervescencia bélica:

"Gringos, negros, negros, gringos... Panamá!"

Pero no hay que pensar que nuestras relaciones con los Estados Unidos, atenuadas a raíz del tratado de 1936, vinieron a hacer las veces de panacea para todas nuestras realidades. Problemas de orden múltiple se heredaron del siglo XIX y no pocos surgieron en la extensión de nuestra experiencia republicana. Además, otros seguían insolubles, especialmente en el aspecto social, pese a que nuevas fuerzas contribuían a dar su concurso para hacer más compleja y rica la vida nacional. Ello es así porque la mujer adquiere derechos políticos que hasta entonces le habían sido negados, la juventud se hace presente y reclama hacer valer su palabra, se funda la Universidad de Panamá para dar cabida a nuevas perspectivas de estudio y valoración, mientras que al igual que en el resto del continente, se forman los grupos medios que rompen con la división social tradicional de clase alta y pueblo.

No se trata de un mundo utópico porque aún se reparten el poder las cerradas oligarquías, y el escamoteo del sufragio popular deriva en costumbre que se hace crónica. Además, existen otras realidades que si antes fueron olvidadas dentro de las notas de la poesía patriótica, ahora se descubren y adquieren vigencia y conciencia lírica.

Unos de esos temas, hasta entonces desechados por los versificadores de la centuria pasada o principios de la presente, fue el del campesino. Es cierto que al mismo ya se hacía alusión como un elemento colorista o se llegaba a idealizar su paz aldeana, pero con esto no se hacía sino equivocar el enfoque al esconder, como en una peluca empolvada, su pos-

tración social, política y económica. En igual situación se encontraba el hombre pobre del Panamá urbano, y al terminarse la segunda guerra mundial, muchos de nuestros poetas se percataron de que el Tío Sam había abierto la caja de Pandora en el territorio que ocupa la Zona del Canal. Víctor Fernández Cañizález analiza con profundidad y en forma completa los diversos perfiles que adquiere la lírica contemporánea sobre el tema que lo ocupa.

Pero cabe preguntarse: ¿se trata acaso de que la poesía patriótica ha perdido su acento para pasar a ser pura poesía social? Si definiéramos a la patria tal cual la concebía un novelista francés, como un grupo de señores a quienes no se tiene el gusto de conocer; es indudable que entonces muy íntimamente estaría vinculada con las tristezas del indio guaymí quien sólo responde "ñatore may" en su enfrentamiento con un mundo supercivilizado, frío, y ausente de las preocupaciones ante la desigualdad existente entre todos los hombres de una misma tierra; también lo estaría un universo zafio, unilateral y sombrío que, desde los "cuartos de la gente pobre", sabe

miento nacional es querer "hilar muy delgado". A los que así piensan, hay que advertirles que sería absurdo desdeñar este ángulo de la expresión patriótica, porque la angustia social se siente como panameña y penetra en la vida del hombre indigente con su propia intención; y si en la mayoría de las ocasiones hay pobreza y dolor, Herrera Sevillano sabe exhibir la protesta y la imprecación, que no van contra las influencias externas o pasajeras, sino contra la propia idiosincrasia nacional:

*"Paisano mío,
panameño,
tú siempre respondes: sí.
pero no para luchar.
Que no para protestar
cuando te ultrajan a ti".*

La actitud del hombre de nuestra tierra que se caracterizó por tranquila, indiferente, y especialmente resignada, había de cambiar al intervenir modalidades hasta entonces pasivas en nuestra vida republicana. Primeramente, en el segundo lustro del decenio del cuarenta, irrumpen nuevos elementos que van a transformar el devenir histórico panameño. El papel del estudiantado se hace cada vez más preponderante, pues no se trata de protesta y estudio, sino que se agrega un tono de denuncia callejera, unas veces intransigente ante el compromiso, otras, persistente ante el reclamo; siempre con una saludable finalidad patriótica y desprovista de todo interés mezquino. De ese entonces, van tomando forma ideas y actitudes que ya se perfilan en la constitución de 1946, considerada, dentro de las perspectivas de ese tiempo, como una carta de avanzada. La producción intelectual a partir del período que se inicia, ostenta el sello de un nacionalismo militante y de profunda búsqueda de lo que somos. Basta recordar algunos títulos para descubrir de inmediato la intención y la tónica del momento: Diego Domínguez Caballero va en pos de la *Esencia y actitud de lo panameño*, mientras que Rodrigo Miró se aproxima a la *Teoría de la Patria* y dos brillantes jóvenes culminan su carrera universitaria con una monografía en el mismo sentido (21).

No se piense que tal actitud es exclusiva de los estudios históricos o filosóficos, sino que invade todas las ramas del saber y la cultura nacionales. Aún más, la recién inaugurada modalidad, no conoce edades y mucho menos tardanzas, pues usando un lénguaje proustiano, se "va en busca del tiempo per-

(21) Isaías García A. *Naturaleza y forma de lo panameño*. Imprenta Nacional, Panamá 1956; y Ricaurte Soler. *Pensamiento Panameño y Concepción y Nacionalidad en el S. XIX*. Imprenta Nacional. Panamá, 1954.

dido" para analizar con criterio nacional la realidad panameña. La tarea ha sido dura y no ha culminado en forma plena, porque en general las inquietudes no han marchado cónsonas con los elementos indispensables, y también porque se ha querido reclamar del esfuerzo de los que nos precedieron, frutos maduros, precisamente cuando nuestra tarea intelectual estaba todavía en su etapa inicial, o sea, era el momento en que nuestras letras atravesaban por un período de formación que aún necesita del desnudo colectivo para crear un medio propicio y alcanzar una expresión que le dé la categoría de cultura panameña a los fundamentos dispares y aislados que se observan en el mapa espiritual del Istmo.

Por lo pronto, el aspecto particular de la poesía, de modo deliberado o no, hace del recurso descriptivo una de las principales notas de la lírica de hoy. Ya no se trata de un paisaje lejano, como en el caso de Miró, de un pedazo de tierra arrebatado, como en la lira de Doña Amelia, de una identificación con la bandera, tal como la describe Hernández o de una hogareña inspiración como lo hicieron nuestros bardos de la centuria pasada, sino de un elemento hondamente arraigado en nuestras meditaciones. Tal es el caso de Rogelio Sinán cuando mezcla mar, sol, y todo lo constitutivo del paisaje insular con las figuras de la pasión: "Fragancia de jardines y eucaristía de huertos". O del de Ricardo J. Bermúdez, quien partiendo de un mundo tropical y saturado de metáforas brillantes, de olores profundos y de colores de límpida pureza, logra elevarse a las meditaciones sobre la vida, la muerte y los misterios del más allá donde "el laurel se rinde a la ceniza".

Pero no es solamente la manera diferente con que el paisaje y su descripción intervienen en la nueva poesía panameña. La patria se hace sentir asimismo como integración nacional. Hasta este nuevo momento, el Interior del país había contado en nuestra literatura, menos que la capital. Ahora, no sólo se escribirá la novela de la ciudad sino también la del campo, y el habitante interiorano adquirirá presencia y prestancia en la lírica, ya que si antes sentía el orgullo regionalista de ser chiricano, como en la popular poesía de Santiago Anguizola; ahora, más a tono con los tiempos, su mensaje tiende a ser más amplio, de acuerdo con los sentires y las urgencias de toda la nación.

Es significativo que precisamente de este período procede, gracias a la labor paciente y muy meritoria de Manuel F. Zárate y Dora P. de Zárate, la obra de recopilación y divulgación de las décimas y las coplas de nuestros campesinos. En forma anónima, de manera simple, sin mayores alardes pero con sobrada naturalidad, ese panameño considerado como intrascendente por muchos, arcaico y elemental por otros, pero siempre genuino en sus sentimientos, espontáneo en sus rimas, entusias-

ta de la tierra, ingenuo y tierno en su producción rimada, parece a veces que hereda el trasfondo de los siglos cargados de un misterio bucólico y de un latido unas veces de llano y otras veces de selva. Indudablemente resulta un acierto de Fernández Cañizález haber tomado esas pequeñas, variadas y abundantísimas muestras de nuestra poesía popular para ubicarlas dentro del cuadro lírico de las manifestaciones patrias

Pero la historia también prende en las recientes expresiones poéticas como una planta de hondas y perdurables raíces. Ya dije anteriormente, que a partir de la formulación de "la política de la buena vecindad", en estos pueblos del sur de Río Grande se hizo un paréntesis de esperanza, tanto por el nuevo estilo de las relaciones internacionales de Norte América, como por el peligro común en que se encontraban los pueblos civilizados frente a la amenaza nazi-facista. Al terminar la segunda guerra mundial se iniciaron cambios en muchos sentidos de nuestra vida internacional. La post-guerra trajo como secuela la "guerra fría", y a nuestros problemas urgentes y graves, se les quiso considerar casi siempre como influencias comunistas en los planteamientos, de ideas exóticas, en lo referente a las soluciones que se presentaban, y de un necesario y acomodaticio paternalismo para que siguiéramos cual niños obedientes, el buen camino de la democracia y la libertad, sin recordarse, como intufía Aristides Martínez Ortega, que entre ellos y nosotros:

La libertad no es otra cosa que una estatua en Nueva York contemplando Wall Street y dando la espalda al Sur (22).

A más de este factor, se ha de tomar muy en cuenta el fortalecimiento de la conciencia nacional en los países sub-desarrollados, no sólo de la América Latina, sino también del Asia y del Africa; el fin de la llamada época colonial y la amenaza de un cambio disimulado y perjudicial, cual es el "neocolonialismo"; la puesta en escena de las transformaciones sociales y económicas que en nuestros países adquieren la forma de una tarea impostergable que necesita inspirarse en una filosofía con visión americana, sin olvidar nosotros los puntos de vista panameños.

Es precisamente en estas circunstancias cuando la historia presta su concurso como elemento que aglutina, como *logos* que establece una relación con el pasado y como *numen* que inspire el encuentro con el porvenir. Este hecho hace comprensible que dos importantísimos poemas surjan precisamente bajo esta mística; me refiero al *Canto de Amor para la Patria Novia* de Mario Augusto Rodríguez, y el *Panamá Defendida* de José Franco.

Fernández Cañizález establece un parangón entre ambos poemas y ve en ellos aspectos comunes que puede decirse se

(22) Citado por Rodrigo Miró en *La Literatura Panameña*, página 215.

complementan en la visión general, completa y evolutiva del pasado nacional. También a ambos autores los anima un optimismo final y el ferviente convencimiento de que habrá un venturoso mañana.

El tema histórico a veces se circunscribe, y un incidente trágico, ejemplariza la historia y el dolor de todo un pueblo ante la injusticia y la cobardía. Los sucesos del 9 de enero de 1964 dejaron muestras inspiradas en la lírica panameña, y Elsie Alvarado de Ricord llegó a resumir el pesar de todos los panameños al exclamar:

*“La sangre de los héroes no es estéril:
es río desbordado que fecunda
con dolor, las entrañas de los pueblos”.*

Con los versos de Mario Augusto Rodríguez, José Franco y los que produjo el acontecimiento de enero, la poesía patriótica panameña llega a la madurez. Emergió a principios de la centuria pasada para alcanzar, después de más de siglo y medio de existencia, una depuración plena y nacional. El estudio que hoy se publica así lo prueba de manera definitiva y en forma brillante; pero ante una obra de tamaños merecimientos, cabe plantearse una reflexión en torno a Panamá y el problema de su cultura.

¿Qué posibilidades tiene nuestra poesía y también nuestro testimonio intelectual frente al porvenir y cuáles son sus ligamentos con el pasado? Quizás si vemos a nuestras bellas letras en las amplias perspectivas que abre la producción contemporánea, podamos referirnos a ellas con el mayor de los elogios. Si a la poesía inicial la miramos como pasado y sólo como tal, tal vez más que un comentario crítico, merecen una elegía. Pero gracias a esos intentos insignificantes, se logró ampliar y enriquecer la sensibilidad patriótica panameña y sin esas aproximaciones líricas de antaño no se hubiera alcanzado el contacto íntimo, directo y fecundo del poeta con la musa patriótica, que ofrece la poesía de hoy; no hay que olvidar que sin las experiencias, las angustias y los sobresaltos de los hombres que hicieron la independencia, no se habría planteado la promesa de la república, como también, sin el conocimiento de las primeras letras en la escuela primaria, no se alcanzaría la educación superior.

Es precisamente este sentimiento de comprensión, el que campea en el libro de Víctor M. Fernández Cañizález, porque para él, lo mismo que para uno de nuestros bardos de más feliz inspiración, la patria es novia, y a lo largo de su estudio meditado y sereno, logra la entrega que reclamaba el poeta para sentirla “más novia y más amada”.

Panamá, Ciudad Universitaria, abril de 1971.

INTRODUCCION

El curso de Literatura Panameña llena en nuestra Universidad un cometido de imponderable valor. No podríamos referirnos a él en otra forma que no fuera la de encomio, dada su singular importancia, tanto por su contenido, como por la honda significación que encierra desde el punto de vista de lo panameño.

En términos generales podemos afirmar que nuestra literatura en su nacimiento y desarrollo es prácticamente desconocida en nuestro medio, cuando estamos obligados más que nadie a conocerla, sentirla y apreciarla, y de ese modo darle el lugar que merece dentro de los factores que determinan el avance cultural de un pueblo.

Contamos, afortunadamente, con figuras destacadas que desde antes de 1821 manifestaron sus inquietudes intelectuales de diversa índole, lo cual consideramos aporte valioso al desarrollo y vigorización no sólo de la nacionalidad y de la literatura en especial, sino también de otros campos de igual valor cultural.

Antes y después de establecida la república, surgieron personalidades relevantes con marcado afán por los quehaceres del intelecto. Todos ellos, unos más intensamente que otros, han contribuido a la formación de la literatura, y a algo que es más significativo, a darle sólida base al sentimiento de la panameñidad.

Como toda nación, Panamá ha atravesado por diferentes épocas que han sido determinadas por acontecimientos debidos a múltiples circunstancias. El panameño las ha vivido porque se identifica con ellas y, como es natural, las refleja en sus manifestaciones y actitudes.

La literatura no podía escapar a estas influencias, pues es conocida la relación recíproca entre el arte y la sociedad. Es

así cómo el sentimiento de la nacionalidad se afianza en el afecto del hombre y del pueblo en general. No poco se debe a los poetas del siglo XIX, quienes contribuyeron positivamente al logro de ese ideal que, efectuada la secesión, continuó en la búsqueda de su expresión definitiva.

El aporte de nuestros liridas en ese sentido se comprueba en la poesía patriótica panameña. Románticos, modernistas, postmodernistas, vanguardistas, y también los más recientes, encontraron en su amor a la patria el leitmotiv de sus obras.

La poesía patriótica de la centuria pasada fue más que todo espontánea y de sus creadores puede decirse lo que han dicho de otros autores en las literaturas de las revoluciones de independencia americana: que aprendieron estética en el fondo del corazón movido por el patriotismo; es decir que el valor de esa poesía es esencialmente intrínseco porque su importancia reside en el profundo significado de la idea que expresa.

Ya en la época republicana hay un mayor dominio de la técnica del verso. No obstante, las únicas diferencias formales que pueden señalarse en el momento histórico-literario, son las que se proyectan en la estructuración del verso en cuanto a sus características, y en especial en la forma de los mismos.

En los últimos tiempos la expresión nacionalista se ha acentuado en la poesía patriótica y se espera que en el curso de los años, nuestro país logre realizar los ideales en que están empeñados sus hijos.

Al estudiar y analizar datos y sucesos de nuestra vida socio-política en relación con nuestro mundo literario, como manifestación artística, hemos sentido profunda complacencia. Admiramos sinceramente a aquellas personas que en épocas remotas y complejas, iniciaron el movimiento literario en Panamá. Esa admiración es también simpatía por su afán de progreso y desenvolvimiento de la patria istmeña, traducido a través de la producción en verso. De igual modo se comprende el afán de los poetas de hoy que, en un Panamá más a tono con la civilización, pero no menos complejo que el de antaño, tratan de mantener y, es más, de solidarizar y engrandecer aquel viril amor a la patria que, inextinguible, viene desde el ayer que nos parece lejano, a enaltecer y vigorizar el sentimiento afectivo hacia la tierra donde nacimos.